

D. MANUEL.—¿Tiemblas? ¿Qué significa este terror? ¿No es mi madre una extraña para ti?

BEATRIZ.—¡Oh, triste y fatal descubrimiento! ¡Ah! ¿por qué he visto este día?

D. MANUEL.—¿Por qué semejante angustia, cuando encuentras al príncipe en el desconocido?

BEATRIZ.—¡Devuélveme el desconocido! Con él sería feliz en una isla desierta.

D. CÉSAR (*dentro*).—Retiraos. ¿Qué multitud es esta aquí reunida?

BEATRIZ.—¡Dios santo! ¡esta voz! ¿dónde esconderme?

D. MANUEL.—¿Conoces esa voz? No, no la has oído jamás, y no puedes conocerla.

BEATRIZ.—Ven. Huyamos. No nos detengamos.

D. MANUEL.—¿Por qué hemos de huir? Es la voz de mi hermano; viene á mi encuentro. Y me sorprende que haya descubierto...

BEATRIZ.—Por todos los santos, haz que no te vea. No te expongas á sus impetuosos arranques. Que no te halle en este lugar.

D. MANUEL.—Alma mía, el temor te perturba. No oyes lo que te digo. ¡Estamos reconciliados!

BEATRIZ.—¡Oh cielos! libradme de este instante!

D. MANUEL.—¡Qué presentimiento! ¡Qué idea me estremece!... ¿Sería posible?... ¿Esa voz no es nueva para ti?... ¡Beatriz! estabas... Tiemblo de interrogarte... ¿Estabas en los funerales de mi padre?

BEATRIZ.—¡Infeliz de mí!

D. MANUEL.—¿Estabas?

BEATRIZ.—¡No te irrites!

D. MANUEL.—¡Desgraciada!

BEATRIZ.—Sí estaba.

D. MANUEL.—¡Horror!

BEATRIZ.—¡Era tan vivo mi deseo! Perdóname! Yo te lo confesé; tú me respondiste con lúgubre y frío

ademán y calléme. Mas no sé qué astro malhadado me movía con fuerza irresistible; y me fué necesario satisfacer el ardiente impulso de mi corazón. El viejo criado me prestó su auxilio; te desobedecí, y fui á los funerales.

(*Acércase cariñosa á don Manuel. Don César entra acompañado de todo el coro.*)

#### ESCENA IV

LOS DOS HERMANOS, LOS DOS COROS, BEATRIZ

EL 2.º CORO - BOHEMUNDO (*á don César*).—No quieres creernos... Cree, pues, á tus ojos.

D. CÉSAR (*sale precipitadamente, y retrocede al ver á su hermano*).—¡Ilusión infernal! ¿En sus brazos? (*Se acerca á don Manuel.*) ¡Vibora envenenada! ¿ese es tu amor? ¿Así me engañas con una falsa reconciliación? ¡Oh! mi odio era la voz de Dios. ¡Anda á los infiernos, corazón de serpiente!

(*Le da de puñaladas.*)

D. MANUEL.—¡Soy muerto! Beatriz!... ¡hermano mío!

(*Cae y muere. Beatriz se desploma á su lado y queda inmóvil.*)

1.º CORO - CAYETANO.—¡Al asesino! al asesino! Venid, á las armas. Sea la sangre vengada con sangre.

(*Todos desenvainan las espadas.*)

2.º CORO - BOHEMUNDO.—¡Regocijémonos! acabada está la contienda! Mesina tiene ahora un solo señor.

1.º CORO - CAYETANO, BERENGUER, MANFREDO.—¡Venganza! venganza! Caiga el fratricida! caiga para expiar su crimen!

2.º CORO - BOHEMUNDO, ROGER, HIPÓLITO.—No temas, señor; fieles te seremos en todas ocasiones.

D. CÉSAR.—Retiraos. He dado muerte á mi enemigo,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIV. "TERIA"  
"ALFONSO REYES"  
Cada. 2625 MONTAGREY, MEXICO

al que engañaba mi confiado corazón, al que convertía en vil asechanza la amistad fraternal. Terrible y espantosa parece esta acción, mas fué sentencia del cielo.

I.<sup>er</sup> CORO - CAYETANO.—¡Infeliz de ti, Mesina! infeliz de ti! horrible maldad se ha cometido dentro de tus murallas. ¡Infelices de las madres y de los hijos, de los mozos y de los ancianos! Infelices de los que aún han de nacer!

D. CÉSAR.—Tarde llegan las quejas. Socorredla! (Señalando á Beatriz.) Devolvedla á la vida! Alejadla pronto de este lugar de muerte y de terror. No puedo permanecer aquí más tiempo; mi hermana robada me llama en su auxilio... llevadla á los brazos de mi madre, y decidla que su hijo César es quien la envía.

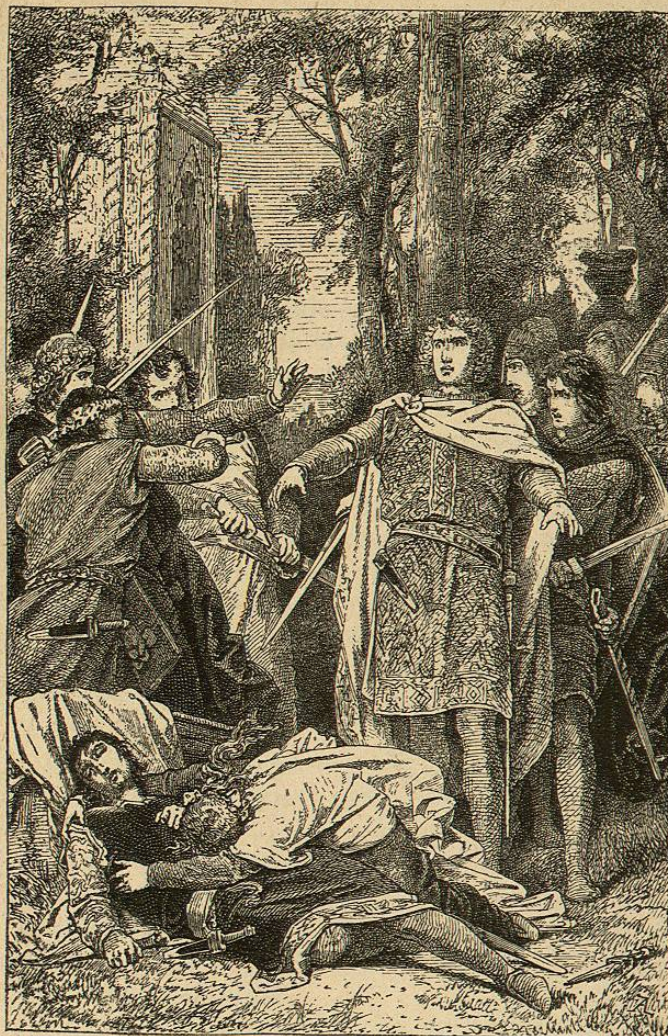
(Vase. Los hombres del coro depositan á Beatriz desmayada en una camilla. El primer coro se queda junto al cadáver de don Manuel. Los niños portadores de los adornos nupciales se colocan en torno suyo.)

## ESCENA V

EL CORO - CAYETANO

No puedo comprender ni adivinar siquiera cómo ha sucedido todo esto con tal rapidez. Mucho tiempo hace que mi espíritu veía avanzar á grandes pasos la imagen espantosa de este crimen terrible; y sin embargo me siento saturado de horror al ver trocados en realidad mis presentimientos. La sangre se me hieló en las venas al contemplar tan tremenda é irremediable realidad.

UN HOMBRE DEL CORO - MANFREDO.—Dejad que resue-  
ne la voz del dolor. Noble mancebo, ahí estás tendido sin vida, arrebatado en la flor de la edad, envuelto en



D. MANUEL.— Soy muerto. . . ¡Beatriz!

la noche de la muerte en los umbrales de la cámara nupcial. Mas se alzaré un gemido profundo é infinito sobre el cuerpo del que permanece ahora mudo.

OTRO HOMBRE DEL CORO - CAYETANO.—Venimos, venimos con la pompa de una fiesta á recibir á la novia. Los mozos traen los ricos vestidos, y los presentes de boda. La fiesta está preparada, ahí están los testigos; mas el esposo nada oye ya, y en vano los cantos de júbilo intentarán despertarle, porque el sueño de los muertos es profundo.

TODO EL CORO.—Pesado y profundo es el sueño de los muertos. La voz de la esposa no le despertará. No oirá las alegres tocatas de las trompetas. Yace sobre la tierra, yerto é inmóvil.

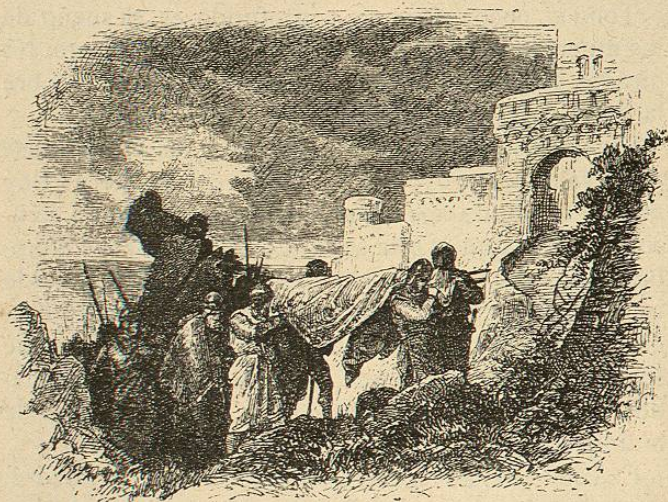
UN TERCERO - CAYETANO.—¿Qué son las esperanzas? ¿Qué valen los proyectos del hombre perecedero? Hoy mismo os abrazabais como hermanos, unidos de corazón y de palabra, y este sol que ahora descende alumbraba vuestra unión; y sin embargo ahí estás, tendido en el polvo, privado de la vida por el brazo de tu hermano, abierto el pecho por horrorosa herida! ¿Qué son las esperanzas? ¿qué valen los proyectos fundados sobre el suelo engañoso para el hombre, hijo de la hora fugaz?

EL CORO - BERENGUER.—Quiero llevarte á tu madre. ¡Qué desdichada carga! Derribemos con el hacha homicida ramas de ciprés para hacer unas parihuelas. Jamás producirá nada vivo el árbol que ha dado los frutos de la muerte; jamás crecerá en paz, jamás prestará su sombra al viajero. Lo que ha sido alimentado por el suelo de la muerte, maldecido ha de ser y consagrado á su servicio.

EL PRIMERO - CAYETANO.—¡Ay del asesino! ¡Ay del que obedeció á insensato furor! Derrámase la sangre, y tiñe la tierra. Allá, en abismo sin luz, sin cantos y sin voz, están las hijas de Themis; inflexibles y atentas

recogen esta sangre en sus negras copas, y la agitan, y mezclan con ella la venganza tremenda.

UN SEGUNDO-BERENGUER.—Sobre esta tierra alumbrada por el sol se borran fácilmente las huellas del crimen, como se borra en el rostro un ligero movimiento; pero nada se pierde, nada se desvanece de lo que las horas de misterioso curso llevan en su oscuro y fecundo seno. El tiempo es como fértil suelo, es la naturaleza gigante vivo, y todo es fruto, todo es semilla.



UN TERCERO - CAYETANO.—¡Ay del asesino! ¡Ay de aquel que sembró la semilla de muerte! Un aspecto tiene el crimen antes de ser cometido, otro después de cometerse. En la emoción de la venganza, aparece palpitante y osado; mas una vez se ejecutó se convierte en pálido fantasma. Las terribles furias agitaban contra Orestes sus víboras infernales y excitaban al hijo á matar á su madre; así seducían hábilmente su corazón con las apariencias sagradas de la justicia; mas desde el punto en que hirió el seno que le había

llevado y alimentado amorosamente, ved cómo se revuelven crueles contra él; y reconoce entonces á las vírgenes tremendas que se apoderan del asesino sin abandonarle jamás, y le condenan á ser mordido eternamente por las serpientes, que le persiguen sin reposo de una á otra orilla hasta el santuario de Delfos. *(Retirase el coro, llevando el cuerpo de don Manuel en andas.)*

